

Organizar las almas...
Hasta que todos seamos peronistas
-Análisis del discurso de Perón sobre la política entre 1944 y 1955-

Juan Fernando Segovia
CONICET-Univ. Nac. de Cuyo

Resumen

El autor trata en este trabajo de esclarecer el concepto de política en el peronismo, analizando especialmente el discurso de su conductor, Juan Domingo Perón, entre 1944 y 1955, por ser uno de los temas menos analizados en los estudios del peronismo y porque resulta esencial para comprender los restantes fragmentos de la ideología. El repudio a la política del pasado, la de la oligarquía y sus partidos políticos, le permite a Perón reconocer una física en la política -la lucha y la división- que reconstruye a partir del peronismo como el enfrentamiento entre peronistas y antiperonistas, entre patriotas y antipatriotas. Perón tiene aversión por la anarquía y por eso odia la diversidad y no admite el pluralismo; en su lugar, trata de instalar la conciencia de unidad en el pueblo mediante la identificación del peronismo a lo nacional. El paso siguiente es la consagración de la unidad doctrinaria, trasladándola del movimiento peronista a la Nación: el peronismo a través del Segundo Plan Quinquenal se convirtió en doctrina nacional que se impuso a todos los ciudadanos como esencia del ser argentino. Perón logró así identificar peronismo y Patria, haciendo de la doctrina peronista el vientre que engendra almas gemelas, almas peronistas. Para concluir su proyecto, Perón se valió de un concepto técnico de la política: la política como organización -de la Nación y de las almas de los ciudadanos- guiada por las virtudes especiales del líder; organización a través del Estado, una máquina eficiente que sólo tenía compasión para con los pobres. La conclusión lleva a plantear la necesidad de estudiar al peronismo como una ideología que sostiene una política de conciencias uniformes, como una religión política y civil.

Abstract

In this paper, the author tries to clarify the meaning of politics in the peronist ideology, specially analyzing the speeches of his leader, Juan Domingo Perón, between 1944 and 1955, considering that this is one of the subjects less analyzed in the works about pe-

ronism and that the concept of politics is essential to understand the others excerpts of the ideology. The repudiation of the politics of the past, the politics of the oligarchy and the political parties connected with it, allows Perón to recognize a physical politics -the politics of conflict and division-, and he rebuilds this kind of politics from the peronist movement point of view, understood as a new struggle between peronist and anti-peronist, patriots and anti-patriots. Perón detests anarchy and that's why he hates diversity and refuses pluralism; identifying peronism with Nation, he tries to put into the citizens' consciousness the idea of the people unity. The establishment of the doctrinaire unity is his next step, transferring the doctrine from the Peronist Movement to the all Nation: with the help of the Five Year Second Plan, the peronism became the national doctrine which was imposed as the Argentine essence to the whole body of citizens. Assimilating peronism and Patria (homeland), Perón converts the peronist doctrine in the womb that gives rise twin souls, peronist souls. Concluding his project, Perón appeals to a technical concept of politics -politics as organization of the Nation and the citizens' souls-, guided by the special virtues of the leader; organization by the means of the State, conceived as an efficient machine that only had compassion for the poor. In the conclusion the author suggests the importance of studying peronism as an ideology that supports a politics of homogeneous consciousness, a civic or political religion.

La política según Perón

Apasionante es el mundo ideológico de Perón, como apasionante fue ese primer peronismo que, nacido de las sombras de la revolución del '43, gobernó hasta 1955. Los historiadores se han sentido inevitablemente atraídos por la figura del líder y las doctrinas de su movimiento y son tantos los estudios que les han dedicado que pareciera imposible encontrar algún resquicio de originalidad o novedad en cualquier aproximación a estos temas. Aún hay, no obstante, algunos puntos por esclarecer del discurso de Perón; y uno de ellos es su concepción de la política, que trataré en este trabajo.

Se sabe ya -de manera más o menos precisa- qué pensaba Perón del cristianismo, el nacionalismo, la justicia social, el tradicionalismo, el sindicalismo, la tercera posición, etcétera; sabemos también cómo el peronismo aprovechó o desechó esas tendencias, ideologías y organizaciones para modelar su propia tendencia, ideología y organización. Pero es poco lo que se ha indagado en la manera que Perón entendía la política. Al abordar esta materia tendré en cuenta las palabras de Perón, sus discursos; la acción, de gobierno o partidaria, quedará en un segundo plano, pues no trato de enjuiciar ni calificar lo que el peronismo hizo o dejó de hacer, sino de apreciar las ideas que le guiaron, con imparcialidad,¹ exponiéndolas tal como salieron

¹ Digo imparcialidad y no objetividad porque ésta remite a las concepciones de la historia moderna o nueva que busca acomodarse al modo de conocimiento de las viejas ciencias de la naturaleza. En tanto que la historia no es cíclica ni está guiada por leyes, sino que es conducta humana, la objetividad es inexistente y sólo es posible la imparcialidad, esto es, la recta relación con el objeto, la primacía cognoscitiva del objeto sobre los contenidos volitivos del sujeto cognoscente. Ver Hannah Arendt, *Between past and future*, New York, 1977, cap. 2: "The concept of history. Ancient and modern".

de la boca del conductor, y dándoles un orden adecuado a la finalidad perseguida.²

La política del pasado

El peronismo, desde sus orígenes, se sumó al rechazo a la política tradicional tal como había sido condenada ya por nacionalistas de diversos sectores. El senador Tessaire, al lanzar el manifiesto del Partido Único de la Revolución, luego del triunfo electoral de 1946, afirmaba: "Se necesita el destierro de la política personalista y de círculo y su reemplazo por otra de proyección nacional. El sectarismo y la politiquería que tanto mal han hecho a nuestra sociedad, entorpeciendo su progreso, deben ser proscriptos y ceder el sitio a una política de real elevación de nuestra conciencia social".³ Estas palabras son una réplica de otras expresadas por Perón en diversos momentos, por ejemplo en 1947, cuando separara el sentido de su revolución ("social") de todo contenido político: "Nuestra inquietud es social y no política. Es constructiva y no disociadora. Está penetrada de fervor humano, de sentido de equidad y no de ambiciones personales o de odios".⁴ Esa política que Perón desprecia es la que se identifica con "los años de coima y de negociado", industria que o bien ha terminado o bien ha de ser extirpada, asegurando la honradez en la elección de las autoridades, "para que los que nos gobiernen sean los que queramos nosotros y no los que quieran las fuerzas ocultas que se mueven en el país". Para ello era necesario eliminar las "viejas corruptelas políticas" que habían hecho carne en los partidos políticos.

Perón tenía claro que, cargando las tintas sobre el corrupto pasado, se abriría la puerta a la revolución nacional y social. Por eso tenía que descartar los precedentes. "Recordemos las indignidades y los fraudes cometidos y tolerados; recordemos la de-

² Dada la característica del trabajo, sería engorroso y molesto a su lectura remitir permanentemente a las obras de las cuales he extraído los discursos de Perón. Indicaré sólo el año del discurso y en ocasiones la oportunidad en que se dijo. Las fuentes de las que he tomado los textos son las siguientes: a) recopilaciones de sus escritos y discursos, entre ellas: Juan Domingo Perón, *Conducción política*, Buenos Aires, 1995; *Tres revoluciones militares*, Buenos Aires, 1972; *Perón y las Fuerzas Armadas*, Buenos Aires, 1982; *El Gobierno, el Estado y las Organizaciones Libres del Pueblo La Comunidad Organizada*, Buenos Aires, 1975; *El pueblo quiere saber de qué se trata*, Buenos Aires, 1944; *El pueblo ya sabe de qué se trata* (1946), Buenos Aires, 1973; *Política y estrategia. (No ataco, crítico)*, Buenos Aires, 1983; b) compilaciones temáticas de textos de Perón originadas en el peronismo, tales como: Juan Domingo Perón, *Doctrina peronista*, Buenos Aires, 1998 (también una versión anterior, que se conoce como el libro rojo, *Doctrina Peronista*, Buenos Aires, 1948); *Organización peronista*, Buenos Aires, 1976; *Conceptos políticos*, Buenos Aires, 1982; *Doctrina revolucionaria*, Buenos Aires, 1973; y c) otras compilaciones de origen no peronista, especialmente: Aníbal Iturrieta (ed.), *El pensamiento peronista*, Madrid, 1990; Milcíades Peña, *Peronismo. Selección de documentos para la historia*, Buenos Aires, 1973.

³ Félix Luna, *Perón y su tiempo*, t.I, Buenos Aires, 1987, p. 55.

⁴ Por eso confesará engañosamente a un periodista: "Yo no soy más que un político aficionado. En lo que soy un profesional es en la conducción"... Tomás Eloy Martínez, *Las memorias del General*, Buenos Aires, 1996, p. 34. Apenas producida la revolución del 55, Perón renegará del pasado: "No pienso seguir en la política porque nunca me interesó hacer el filibustero o el malabarista y, para ser elegido presidente constitucional no hice política alguna. Me fueron a buscar, yo no busqué serlo." Juan Perón, *La fuerza es el derecho de las bestias*, s/l, 1958, p. 10.

sorganización y la venalidad administrativa; recordemos el excepticismo [sic] y el descreimiento de todo un pueblo que había perdido la fe en sus hombres dirigentes y la esperanza en una posible resurrección de los valores permanentes de la patria. Recordemos que manos indignas habían paseado por las calles de nuestras ciudades enseñas e insignias exóticas en substitución de la bandera de la patria, que es y ha de ser el único símbolo de nuestra nacionalidad." Ese pasado había adormecido el alma nacional, porque "los últimos años vividos en la ficción y el disimulo han creado un estado de espíritu propicio a todas las deformaciones del pensamiento y a todas las adulteraciones de los sentimientos".

Significa que el peronismo asume una actitud antipolítica, en el sentido viejo de la política, no revolucionaria ni social: jamás, dice Perón en el Congreso en 1954, su movimiento hizo de la política "una finalidad, vale decir una profesión"; siempre fue para ellos un medio, un instrumento al servicio de la patria. Eso diferencia al caudillo del dirigente: aquel pertenecía a la vieja escuela política, era un vivo que se aprovechaba de la organización para fines personales; el dirigente, en cambio, sirve a la organización. Perón asume la tutela del pueblo para que no se deje confundir: ustedes no saben de esto, le dice a las mujeres del movimiento, porque no están expuestas diariamente a los males de la política, "no conocen todavía las combinaciones, las trenzas y los acomodos políticos"; ustedes son puras, les arenga, y deben llegar a la anulación de todos los egoístas. En este sentido se entiende la siguiente frase: "no he de permitir que en mi política se mezclen horizontes políticos que trabajen a espaldas del pueblo. Yo me he de entender con el pueblo mismo".

La física política

La misión de Perón y del peronismo era, entonces, ennoblecer la política, "ennoblecerla de nuevo porque se ha envilecido durante la larga actuación de los politiqueros, no de los políticos", dice el líder. Por ello, el discurso peronista parte del reconocimiento de una física política, esto es, de una manera de actuar políticamente que, al mismo tiempo que la admite, pretende superarla. Perón no podía escapar a la visión predominante de la política como lucha que él había mamado en el cuartel: la política es lucha, dice en *Conducción política*, una voluntad que mueve una masa contra otra voluntad que moviliza otra masa; "siempre se trata de una voluntad que vence a otra". Dentro de la tradición ideológica a la que responde el peronismo (militarismo, nacionalismo, sindicalismo, autoritarismo, democracia plebiscitaria), se preocupaba por el ejercicio del poder y no por sus límites ni por sus controles, formales o informales en ambos casos.⁵ Este es el Perón pragmático, si se quiere, el que mira la realidad y admite que la política es una lucha, que reconoce que hay una lucha general (o estratégica) y varias luchas particularizadas (o tácticas), según las expresiones vertidas en el mismo curso.

⁵ Como afirma Cristián Buchrucker, *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*, Buenos Aires, 1987, pp. 372-373.

Pero, al propio tiempo, esta visión objetiva de cómo acontecía la vida política contrastaba con el anhelo de unidad de los argentinos; por eso Perón sería quien, en aras de la unidad, combatiría "toda clase de lucha, porque la lucha, producto del odio, destruye valores y energías"; había que sustituir la lucha por el amor que construye generosamente en bien del país. En otros términos, Perón creía que era posible disentir (y luchar) con relación a temas que admiten diversidad de opiniones e intereses en el pueblo, pero, en cambio, "en el objetivo político derivado del sentir de la nacionalidad de ese pueblo, por ser único e indivisible, no caben opiniones divergentes". Si bien reconocía como natural que la vida política fuese heterogénea en intereses y opiniones, y por lo tanto suscitara conflicto y luchas; esa naturaleza debía ser corregida por la unidad que superaba a la política misma.

La política natural es la política falsa, de los políticos que lucran, que juegan con mala fe, de quienes dividen al pueblo y disocian las fuerzas del Estado; contrariamente, la política correcta es la verdadera, la de quienes la asumen como vocación, la de aquellos preocupados por la unidad nacional, cuestión de estadistas que sólo miran hacia los fines y objetivos del Estado. La política justa es la represión del conflicto, al que el primer peronismo tenía horror, porque el conflicto apareja la división en banderías enconadas, de lo que nuestra historia daba ejemplos suficientes de disociación; la política justa consiste en amalgamar y no en dividir, porque esto último es contribuir a la propia destrucción interna; la política tiene como misión "dar una cultura cívica al pueblo, y jamás la de entronizar como sistema un caciquismo político".

Si la política es represión de la diversidad conflictiva, la conciencia de la unidad sólo podía ganarse a través de la identificación del peronismo con lo más sublime, con la Patria. "Ha llegado la hora de no tener más ideología que la patria ni más partido que la patria misma", exclama el líder. Como veremos, el punto culminante llegará con el Segundo Plan Quinquenal que resolvió toda oposición entre peronismo y patria, asimilando lo parcial a lo general.

La dialéctica fundamental

A pesar de que Perón repudiara la física política, la política de la división y de las pugnas, para superarla mediante la política de la unidad, mantuvo siempre una visión penetrante de los conflictos en su gobierno que enfrentaban a peronistas y antiperonistas. Como si hubiera aprendido de Carl Schmitt -o de Maquiavelo- Perón nunca dejó de reconocer a los amigos y de hacer frente a los enemigos, que él mismo definía.⁶ De este modo, Perón reaviva la vieja política con nuevos argumentos.

¿Quién es el enemigo? En los primeros años de la revolución, mientras Perón mantenía el rango político de Secretario, el perfil del enemigo aparecía con rasgos genéricos; eran, por ejemplo, "los profesionales de la mentira, del soborno y de la venali-

⁶ Carl Schmitt popularizó la concepción de la política como enfrentamiento amigo/enemigo. Ver Carl Schmitt, *El concepto de lo político*, México, 1985.

dad", en referencia a los falsos políticos que se servían de los cargos públicos en provecho propio; eran las "oligarquías políticas" que se afirmaban en las "oligarquías económicas"; eran los que querían medrar "a costa de malas artes para enriquecerse o ganar más de lo que merecen por sus actividades o por su trabajo"; eran esos "eternos críticos y descontentos de la labor ajena, esos espíritus inferiores y mezquinos que todo intentan destruir sin edificar ni producir cosa alguna que encuentren reparos que oponer o deficiencias que señalar".

A medida que se iba forjando su figura política y empezaba el proselitismo electoral, el enemigo ganaba en precisión, aunque permaneciera escondido y al acecho.⁷ Enemigos son esas "fuerzas naturalmente ocultas de la reacción [lanzadas] en contra de las conquistas sociales propugnadas por nuestra Secretaría" y que no reparan en mover cualquier recurso para combatirlo, desde el diario venal al profesional indigno, las fuerzas vivas que pagan esos diarios, los funcionarios que viven de honorarios de empresas extranjeras y los capitalistas que defienden en éstas sus intereses; los "maléficos genios de la injusticia", que se niegan a reconocer la obra de Perón. A partir de ese momento, el país ya está dividido en dos bandos claros y reconocibles enfrentados por las reformas sociales que favorecían a los trabajadores. Contra Perón estaba la oligarquía, la vieja oligarquía explotadora del país, inescrupulosa frente a la desgracia y el dolor de las masas, que se ha humanizado y se define democrática aunque no sienta esa democracia y sólo busque servir a sus intereses contra los pobres trabajadores. La oligarquía es el enemigo de los trabajadores; con ella no hay tolerancia. Perón recuerda una frase de Evita: "La lucha de clases solamente termina con la desaparición de una clase"; entonces, colige, "hay que terminar con la clase" hasta que no haya más que una sola, la clase del pueblo, la de los trabajadores. Si la clase oligarca ataca directamente y de modo absoluto al pueblo, "ahora nosotros, el pueblo, podemos terminar con ellos, porque ellos representan lo único parasitario que tiene el pueblo. En consecuencia, no son necesarios; al contrario: son un contrapeso muerto del pueblo; han vivido del pueblo y lo han explotado; son unos vivos a quienes se les ha terminado ya la viveza". A la oligarquía se le responde con violencia o con su amenaza y el Estado se organiza para ello: Perón anuncia que el Segundo Plan Quinquenal ha sido concebido para "terminar con la oligarquía".

¿Quiénes son los amigos? Tal como el líder dijera en 1953 a los funcionarios de la administración nacional, el peronismo era la fuerza fundadora de la nueva Argentina, era el movimiento constructor de la única verdadera organización nacional. El peronismo no reconoce herencia alguna; el pasado, a los fines peronistas, no existe sino como experiencia funesta. "Nosotros somos otra clase de argentinos, que pensamos que no hay suficiente dinero en el mundo, como para torcer la conducta del que lu-

⁷ Hay un párrafo revelador -en un mensaje a los jóvenes en 1945- de la idea del complot que cruza la visión histórico política de Perón: "Políticos oscuros que se intuyen desplazados definitivamente del escenario nacional, están agazapados, planean e impulsan todo un movimiento de resistencia, al que bregan por sumar varios impulsos generosos, en un juego que intentan llevar hasta la avanzada armada, buscando su propia perdición." Tarea a realizar en el futuro es la del análisis de esta cosmovisión, que Perón reitera, de fuerzas acechando y complotando contra él y su gobierno.

cha por el honor de una bandera." Los peronistas no son mezquinos pues su conductor no lo es, porque quiere el bien del país y piensa sólo en él: "No tengo otro interés personal que el bien del país ni otro prejuicio que el de que todos cumplamos con nuestros deberes de argentinos en esta hora preñada de amenazas para el porvenir de nuestro país." Perón es lo que los peronistas son: "soy un hombre al servicio de la Nación, a la que he de servir en el puesto más encumbrado o en el más humilde, como general o como soldado, que es como se debe servir al país (...) Piensen que no soy un hombre frío, sino que soy un hombre con un alma sensible que dice lo que siente."

Hay un proceso -que Rozitchner califica de edípico- en virtud del cual el yo (Juan Perón) se postula como el nosotros (el peronismo): Perón es (el modelo de) la masa, Perón es (se prolonga en) la masa. La única diferencia -enorme, por cierto- es la que existe entre lo individual y lo colectivo. Mas, cuando se ensalza lo colectivo es para regresar la política a lo individual. "Doble movimiento donde por una parte se creaban estructuras colectivas amplias, multitudinarias, pero por el otro se las volvía a encerrar en la dependencia unilateral con el modelo organizador: el conductor".⁸ En esta singular manera de postular los valores personales como atributos a imitar por los fieles acólitos, el líder era el poseedor de virtudes superiores; entre ellas, la "humildad apostólica", que Perón reconocía como uno de los atributos de su liderazgo. "Saber despojarse de la vanidad que asoma tan pronto se sube un escalón de donde está situada la masa del pueblo, requiere una dosis de hombría equivalente a la del héroe frente a la incertidumbre que amenaza su vida."

Para Perón el enemigo siempre será alguien que enfrenta a la patria o que se opone a las fuerzas del bien. En una comunicación radiofónica, previa a las elecciones de 1951, advertía al pueblo: "Las fuerzas del mal y de la ignominia pondrán en juego todos sus recursos para burlar la voluntad de la ley." Este nuevo enemigo define las cosas en términos de nacionalidad: "Quienes se niegan a colaborar, no tienen sentimiento patriótico para el hermano de la tierra, no tienen sentimiento patriótico para su país, ni interés de colectividad, sino interés mezquino y personal".⁹ Aquellos que le enfrentan, sentencia Perón, constituyen "la alianza con los enemigos de la patria".

El enemigo tiene un rasgo que devela cualquier evidencia oculta: es antipatriota. En una conferencia pronunciada en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, antes de la reforma constitucional, el profesor Atilio Pessagno definía con claridad la divisoria de aguas: "Nadie puede, pues, restar su concurso a una acción -dice en referencia a las tres banderas que guían al peronismo gobernante- que nace con un origen tan puro, persiguiendo ideales tan nobles y generosos, a menos que sea sistemáticamente opositor o declarado enemigo de la patria o indiferente a sus altos destinos dentro de cuyo grupo caben perfectamente los descreídos, los falaces y

⁸ León Rozitchner, *Perón: entre la sangre y el tiempo*, Buenos Aires, 1985, p. 56.

⁹ Los profesores echados de la Universidad, dice a los jóvenes en 1945, "desnaturalizaban la cátedra, usándola para ensayos de prácticas y doctrinas políticas, que rechaza la esencia misma de nuestra nacionalidad".

los duales." La antinomia es clara: o se es peronista o se está contra la patria.¹⁰ Y Perón, en un discurso de 1954, sintetizó la dialéctica del amigo/enemigo en términos elocuentes: había llegado el momento en el cual el país estaba dividido en dos sectores que se constituían, cada uno de ellos, según una cadena lógica:

Peronismo	juslcialismo	revolución	acción constructiva	patriotas
Antiperonismo	antijusticialismo	contrarrevolución	acción destructor	vende patrias

Todas las antinomias se concentran en una sola: el pueblo frente al antipueblo. En el pueblo están los humildes, los únicos que trabajan; en el antipueblo se encuentra a los partidos de antaño, que persiguen su propio interés egoísta antes que el bien de la patria. Cuando se avecina el final de la presidencia, ante el aumento de las "conspiraciones contra el pueblo", Perón vuelve a divisar enemigos por todos lados y a implantar la dicotomía peronista/antiperonista: "Lo que nosotros tenemos que hacer es conocer a los unos y a los otros, tratar a los peronistas como peronistas y a los antiperonistas como antiperonistas." Por eso había que tomar medidas contra los sacerdotes antiperonistas, aquellos que excitan el conflicto entre los clérigos y el pueblo. Para esta misma época -1954- Perón anuncia la intervención y la clausura de las organizaciones que no cumplan con los fines legales, porque se han convertido en asociaciones ilícitas pues declaran una actividad y realizan otra. Entre éstas, parece estar la misma Iglesia, a la que Perón previene: hay que llevar orden a la Iglesia, "a la que vamos a limpiar de algunos hombres que hoy están levantados contra su propia autoridad". También están incluidos los partidos políticos que alteran el orden: "A todo el que no quiera vivir tranquilo en el orden, hay que sacarlo de circulación y ponerlo en un lugar donde no pueda alterar el orden. Y en esto vamos a ser absolutamente radicales." Es el momento de la "defensa integral", cuyo concepto central es el siguiente: "contra los hombres que nos atacan, está en nuestras manos de hombres el repelerlas [*sic*], aun violentamente cuando sea necesario."

Al fin y al cabo, Perón, que quiso desterrar la vieja política de los conatos partidarios, impuso otro nivel de enfrentamiento en el que desarrollaría la lógica de la política natural: la lucha, a veces violenta, entre peronistas y antiperonistas, pueblo y antipueblo, patriotas y vende patrias.

¹⁰ En *Encuesta sobre la revisión constitucional*, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, 1949, pp. 243-245.

El horizonte catastrófico

La posición de Perón ante la "física política" es ambigua o, mejor dicho, ambivalente. Por un lado, exalta las nuevas formas de lucha que requiere la nueva época. "Desgraciadamente -dice-, no vivimos en días de hombres idealistas. Cada uno debe ser su propio idealista, unirse a los demás y luchar por su propio bienestar, porque quien renuncia a la lucha renuncia a la vida." ¿Por qué causa, si la política es unidad a través de la organización y no pugna y división, debe continuar la lucha? Al parecer, Perón pretendía que la política de la unidad viniera luego de la superación del nuevo conflicto, de la nueva división que azotaba a todas las sociedades, entre ellas a la nuestra. Porque en la Argentina se agudizaba el enfrentamiento: "El país vive horas de lucha. Vivimos tiempos para hombres valientes, no para cobardes." Argentina pasaba un momento de lucha que requería de virtudes que, más que propias del ciudadano, pertenecían a la estirpe militar. Perón no escatima calificativos: "estamos librando una verdadera guerra -decía el 18 de septiembre de 1945 a los trabajadores-, que yo he clasificado claramente. El dilema se resuelve así: la oligarquía cede y cae o caemos nosotros".

El problema a dilucidar puede expresarse en estos términos: ¿es la idea de la guerra la que impone la división o, a la inversa, existe una división que genera un enfrentamiento similar al de la guerra? Como se aprecia en las palabras antes transcritas, Perón es capaz de calificar y, por lo tanto, de dilucidar: primero la guerra, luego la división. Pero bien entendido que "guerra" y "lucha" están usados en sentido análogo, sin referencia directa al enfrentamiento bélico; Perón decía que en esta lucha no se vencía con violencia sino "con inteligencia y organización". Sin embargo, más allá de los matices y más acá de las calificaciones, lo cierto es que Perón denuncia la existencia de "una lucha solapada y violenta, impropia por ello de argentinos, en cuya tradición histórica, sólo se amojonaron escaramuzas y entreveros caballerescos, realizados de frente y a cara descubierta, empujando frontalmente y de corazón a corazón".

Es la eterna lucha entre los intereses oligárquicos y los intereses nacionales encarnados en el pueblo; o, como dijera en otra ocasión, entre "las oscuras fuerzas de la regresión" (esto es "la oligarquía criolla económica y política") y el gobierno revolucionario del 43 al que aquéllas quieren derribar. Lo novedoso estaba en la singularidad de la situación histórica, en la concentración de todos contra Perón. En la proclamación de su candidatura, dijo que no dejaba de ser significativo que los oligarcas, disfrazados de democráticos, se aliaran a los comunistas a quienes antes censuraban. Así, todos se juntaban contra él: era como si el enemigo produjera por sí solo el esfuerzo de síntesis, en los hechos, antes que Perón lo recogiera en la retórica combativa electoral.

Pero estos párrafos sirven para revelar la forma mental de Perón que desnudará en sus propuestas ideológicas. Desde sus años de profesor en el Ejército, Perón concibe la historia de la humanidad como el pasaje por una encrucijada; el mundo está "sometido al caos y a la desesperación", producidos por la guerra mundial. El horizonte de la guerra nunca desaparecerá, por eso jamás dejará de transmitir una visión ca-

tastrofista: estábamos a la puerta de la tercera gran guerra mundial. "Si ese cataclismo nos va a hacer rodar un poco, que rodemos todos juntos, que no nos disgreguemos." En 1953 la idea de "una gran hecatombe" que golpea a las puertas se repite junto a los anuncios de la inminencia de la tercera guerra. La necesidad de transmitir la sensación de una crisis profunda, de constantes y severos trastornos, ponían en marcha la idea de defensa nacional para la guerra. Pero la clave está en que el enemigo es ahora interno, porque siempre hay quienes piensan -dirá en 1951- en "la destrucción de la unidad nacional" y buscan ese fin por medios subrepticios. Como sostiene Rozitchner, es la imposibilidad de la guerra exterior la que abre el dominio hacia el interior como política,¹¹ mas no como "represión interior" a mano de las Fuerzas Armadas sino como control de las conciencias mediante la ideología y la organización. Le asiste razón a Rozitchner, sin embargo, cuando afirma que Perón descubre la política tras la "fantasmagoría de la guerra aniquiladora" que se ha vuelto imposible; pero en la política ya no se trata de aniquilar al enemigo sino de doblegarlo, apoderándose de sus deseos, dominando su conciencia.¹²

La historia era para Perón una permanente revolución y en la época contemporánea podían divisarse dos grandes ciclos revolucionarios: el de la revolución francesa, que acabó con la aristocracia y elevó a la burguesía, y el de la revolución rusa, que terminó con la burguesía y encumbró a las masas proletarias. De éstas es el futuro del mundo. Hay una sola ley a la que responder: "seguir la evolución." Pero no es fácil, porque si bien se puede advertir el proceso de transformación no se puede vaticinar o profetizar su "fisonomía definitiva"; empero, Perón puede leer algunos de los cambios que acarrea este proceso: en lo social, se abolirán los privilegios; en lo político, llegará el tiempo de la democracia auténtica; en lo económico, advendrá la armonía entre trabajo y capital. En un discurso de 1950 a un grupo de escritores, Perón resaltó este aspecto: se vivía un "estado de transición" en lo político y lo social; se estaba "a caballo de esa evolución" marcada por la circunstancia de que "el mundo se desplaza de lo político a lo social". El significado de esto es muy profundo pues señala un cambio clave: el fin de la política y el comienzo de lo social; "estamos asistiendo -remarca Perón- al final de la organización política y al comienzo de la organización social".

Odium diversitas

Propongo un breve alto en el camino para realizar un balance: Perón desprecia la vieja política de luchas entre partidos, de anárquico pluralismo; sin embargo, aún su tiempo está enfermo de este virus, sea por la presencia permanente de la guerra en el horizonte de la paz aparente, sea por el clima de convulsión revolucionaria que agita a todos los países. Perón, oráculo e intérprete privilegiado de la historia, entiende que esta contradicción puede salvarse pasando de la política de los políticos a la

¹¹ León Rozitchner, *Perón: entre...* cit., pp. 127 y ss.

¹² *Ibid.*, pp. 150-151.

política de lo social, de la democracia formal a la democracia real, porque sólo siguiendo la evolución de los tiempos se puede construir algo sólido y estable. La tarea de la hora consistía en superar al enemigo interno, que se mantenía en la vieja concepción de la política.

Dije ya que el peronismo aborrecía, odiaba, la diversidad y el pluralismo, que tomaba como sinónimos de anarquía y desorden. "Todo conflicto encierra una perturbación social de repercusión inmediata en la economía y bienestar generales; y es función de gobierno evitarlo en lo posible, o resolverlo con celeridad, energía y justicia", dijo Perón en mayo de 1944. Estrictamente en el campo social, la división se presenta como "lucha de clases", que Perón busca superar mediante "la armonía entre ellas", lo que significa que "las rivalidades" se reemplazarán por la "mutua comprensión" y de esa manera alejar para siempre "las violencias arbitrarias" de las relaciones sociales. El aporte de la revolución del 43 en este terreno ha sido "intentar que cesara entre nosotros el aislamiento de las clases sociales", que siguiera la descomposición de las instituciones, luchando contra las "ambiciones particularistas de ciertos grupos sociales".

Otra expresión de la división es la lucha política entre bandos enfrentados por "ambiciones y aspiraciones distintas", sin que entre ellos puedan existir instancias de colaboración, por más que uno tienda la mano al otro. Eso pasaba en la Argentina de 1945 y Perón apostrofaba así: "Quienes se niegan a colaborar, no tienen sentimiento patriótico para el hermano de la tierra, no tienen sentimiento patriótico para su país, ni interés de colectividad, sino interés mezquino personal." El peronismo es otra cosa: "El peronismo no concibe dos peleándose, por una razón simple: el peronismo es como una gran bolsa donde todos ponemos algo adentro (...) De manera que cuando vean dos que pelean, cuiden la bolsa, no los cuiden a ellos." Por eso Perón no puede entender a la oposición ni que él y su gobierno tuvieran opositores: era tanto como volver atrás en el desarrollo del país, era no saber captar la evolución de la humanidad hacia lo social. Esto último aparece muy temprano: en unas conferencias radiofónicas de 1947 Perón denunciará a la oposición por querer desvirtuar el sentido del movimiento y la obra de su gobierno: en más de una ocasión denuncia el sabotaje y la infiltración, especialmente comunista, en sus filas. Esta manía posiblemente sea un vicio de cuartel,¹³ pues la experiencia como militar le debe haber enseñado a entender la vida política como monocromática; por eso es que no admite críticas ni oposición justas; éstas y aquéllas siempre son desmedidas, malintencionadas y falsas. Por lo mismo es que la oposición siempre desborda su rol: cierto, no hay democracia sin oposición, pero Perón siempre protestaría que esa oposición

¹³ Otra vez acierta Rozitchner, *Perón: entre...* cit., pp. 148-152, cuando descubre que el concepto de "la nación en armas" expresa el deseo de "excluir las contradicciones internas, acallarlas como si la nación estuviera en guerra, pero obtenerlo en tiempos de paz. Es decir: traspasar las condiciones excepcionales de la guerra a la cotidianidad de la paz". Los conceptos simétricos de nación en armas y de guerra total, son desarrollados por Perón en los *Apuntes de historia militar*, Buenos Aires, 1934, que contienen sus lecciones impartidas en 1932; más adelante se reiterarán en varias ocasiones, especialmente en la conferencia de 1944 en la Universidad de La Plata inaugurando la cátedra de Defensa Nacional, "Significado de la defensa nacional desde el punto de vista militar".

oposición no era "consciente, altruista, desinteresada, serena, objetiva, impersonal, sino atrabiliaria, infecunda, negativa, grosera y contumaz".¹⁴

Pero es posible -Perón lo quiere- que la división desaparezca; para ello hay que aprender a "gobernar mejor el desorden", a "manejar el desorden" hasta que se pueda tener la satisfacción de "manejar lo organizado". El orden se vuelve un concepto central. "Entre el orden y la anarquía no cabe elección posible", afirmó Perón. Su espíritu no tolera el desorden en la calle ni en el trabajo; por eso había que comenzar por "poner orden al modo de proceder con nuestros semejantes". Para eso, nada mejor que trabajar y organizarse para imponer la unidad espiritual.

Animi unitas

Si Perón entiende que el mundo se mueve de lo político a lo social, entonces la superación de la política es inevitable, "porque nuestro futuro -dirá en 1950- es unir a todos los argentinos, hacer desaparecer todas las diferencias, sin pensar en la política ni en los hechos políticos subalternos". Unido espiritualmente el pueblo, "nadie pensará de distinta manera que nosotros en política"; en esto hay que seguir a la experiencia: la Alemania del segundo y el tercer Reich; la Italia fascista y de los socialistas Nitti y Giolitti; incluso los socialistas y radicales argentinos.¹⁵ En numerosos lugares ha dejado plasmado Perón el propósito de perseguir la unidad del pueblo argentino, fuese como finalidad de la política revolucionaria del 43, fuese como tendencia de su movimiento o partido; ya como fin de su gobierno, ya como finalidad de la política en general. Desde sus comienzos Perón asumió el ideal de la unidad frente a la división y la inorganicidad; así, en una ocasión tomó para sí el calificativo crítico que le aplicaban sus enemigos para decir "si demagogia es evitar en los hechos la injusticia social y buscar la verdadera unión de todos los argentinos detrás de su bandera; si demagogia es impedir la lucha y el odio entre hermanos: yo soy demagogo". Era el tiempo de la unidad o, como decía Perón, "esta hora es la de la unidad de todos los argentinos"; lo que suponía un verdadero cambio y una sustitución políticos: cambio en la manera de concebir la política y sustitución de la vetusta dirigencia partidista. "Quienes sientan la ciudadanía como una urgencia vocacional y no como actividad lucrativa, deben desempeñar la actividad política, porque así la cumplirán como una función pública de sacrificios que sólo tienen una aspiración: la unión sagrada de todos los argentinos. Quienes dividan a sus conciudadanos malogran la vida de sus naciones."

El énfasis en la unidad podía resultar de recargar de dramatismo el momento que vivía la patria o el mundo, momentos "duros", de una duración desconocida en nuestra historia, ante los que no había que claudicar, sino salir adelante "con la dignidad, con el valor y la decisión necesarias para lo cual necesitamos estar profunda y férrea-

¹⁴ Juan Domingo Perón, *La obra de gobierno y la labor destructiva gradual de los que intentan alterar el orden*, s/l, c. 1947 (cuatro folletos), folleto II, p. 8.

¹⁵ Así lo dice en el discurso de 1950 ante la Confederación Argentina de Intelectuales.

mente unidos"; pues sin esa unidad "es imposible la salvación del país". ¿Cómo lograrla? Primero, haciendo que cada argentino se sintiera parte imprescindible de la nación ("un diente indispensable de ese enorme engranaje que es la integridad total de nuestra patria"); pero la unidad efectiva demanda algo más: "que sacrifiquemos un poco de egoísmo para que en este país, como lo dije muchas veces, no haya hombre exageradamente ricos en perjuicio de otros exageradamente pobres". La unidad tiene un contenido social y económico innegable.

Hay una manera básica de expresar la unidad social, es la unidad la que hace al pueblo tal, porque "la muchedumbre sólo es una colectividad cuando tiene unidad de ideas, de voluntades y de sentimientos". El pueblo era, para Perón, el instrumento de la unidad al mismo tiempo que el contenido de la unidad. Decía: "Sobre la hermandad de los que trabajan habrá de levantarse en esta hermosa tierra la unidad de todos los argentinos." Ese pueblo tenía, según Perón, la capacidad de atraer a todos los que formaban parte de él, inclusive a los que preferían la diversidad, precisamente por encarnar los ideales de la patria. "Diariamente iremos incorporando a esta enorme masa en movimiento a todos los díscolos y descontentos para que, juntos con nosotros se confundan en esta masa hermosa y patriota que constituyen ustedes".¹⁶ Esta forma de la unidad era esencial para evitar los conflictos sociales: Perón la definía como "cooperación" o "colaboración". Para Perón, "las fuerzas del país deben ser indivisibles y jamás una fuerza interna debe estar frente a otra, llámense estas fuerzas económicas, fuerzas sociales o fuerzas políticas". Así se llegaba también a la unidad económica, unidad que podía expresarse entre el gobierno y la industria, como dijera en cierta ocasión Perón, unión entre "dos órganos del Estado" que "debe ser efectiva" porque "la ruina del uno representaría la ruina del otro".

Sin embargo, hay otra instancia de la unidad, aquella en la cual Perón mismo se ofrece como prenda de hermandad indestructible, unión que vaticina será "eterna e infinita" porque de ella saldrá el pueblo renovado en la "unidad espiritual de las verdaderas y auténticas fuerzas de la nacionalidad y del orden". La unidad es, en este sentido, "amar a nuestros hermanos"; constituirá la "base de toda felicidad futura" y se asentará en "un estrato formidable de este pueblo" capaz de manifestar al mundo "su grandeza espiritual y material". Pero una unión puramente material era incompleta -pensaba Perón- de la misma manera que lo era también una justicia social sin base ética. Por eso le resultaba obvio que "el Estado argentino necesita crear sólida mancomunidad de ideas, voluntades y sentimientos para cumplir los fines de la argentinidad que guían su acción de gobierno". Es que el problema de la nacionalidad se reduce a eso: a "la unión efectiva de todos los argentinos". Este papel unitivo de los espíritus es cumplido por la doctrina justicialista.

¹⁶ Como en Rousseau, la idea que Perón tiene de la unidad excluye los intereses parciales, sectoriales o particulares; excepto los de los trabajadores porque tienen una potencia generalizadora (como en Marx) y representan, en suma, los mismos intereses de la patria. Se trata de un discurso clasista que introduce una nueva dicotomía o contraposición política.

Pariendo almas gemelas

Perón sostenía que la doctrina peronista excedía el marco estrecho de su movimiento y que podía ser aceptada por todos los argentinos y aun por otras naciones, "porque tiene caracteres de solución universal", y podía ser aplicada a "la mayor parte de los problemas del mundo", como dijera ante el Congreso en 1954. Más allá de las exageraciones -que llevaron al líder y sus epígonos a convertir el justicialismo en una nueva filosofía de la vida con ribetes de religión política-,¹⁷ el razonamiento es relativamente simple y por eso maniqueo: una doctrina política es siempre nacional; la doctrina justicialista es nacional; ergo, el justicialismo es la unidad de creencias de todos los argentinos. "La doctrina peronista es exclusivamente argentina -afirma Perón en 1948- y está basada en lo que nosotros llamamos justicialismo." Es en el justicialismo en donde se da "una conformación espiritual colectiva, vale decir un alma peronista"; es una teoría que brinda "una uniformidad en la conformación espiritual de nuestro movimiento" y una forma de ejecución unificada que alcanza la "unidad de acción". El peronismo era ya un cuerpo formado y no un contubernio inorgánico de individuos; las partes del cuerpo estaban organizadas, faltaba darles un alma y esa misión la cumplía la doctrina.

El punto que consideramos es vital en la comprensión del peronismo y su proyecto de una nueva legitimidad que se consolida emocionalmente en la identificación del peronismo con la nacionalidad, con la argentinidad. Para Perón, como él dirá en 1950, "nuestra doctrina peronista" encierra "la verdad" porque contiene "los sentimientos, el sentido y las realizaciones de la nueva Argentina"; rechazar la doctrina peronista es volver al pasado, a "un pueblo de desencantados y de inermes que no tendrían fuerza para levantar y empujar esta enorme heredad que poseemos los argentinos". No ser peronista es ser antipatriota, parece decir el conductor al pueblo. La insistencia de Perón en la unidad doctrinaria, la recurrencia en su discurso a la unidad espiritual, el martilleo hasta el hartazgo en la organización del alma, revela que esto no era para él un tema anecdótico. La doctrina peronista, dice a las compañeras en 1951, "tiene una finalidad, formar un alma colectiva, hacer que todos los peronistas viendo los problemas de una misma manera, los aprecien y los resuelvan de una manera similar. Solamente así tendremos el germen de la organización indestructible". La doctrina es el cemento portland de la organización, dijo a renglón seguido; cuando todos piensen, sientan y actúen de la misma manera, la organización se habrá vuelto perfecta y ya no será necesaria, "porque seremos todos uno". Se combinan aquí pretensiones románticas (la pretendida armonía espiritual) con ingredientes racionalistas (la meta final como homogeneidad de ideas), entremezclados con aspiraciones vitalistas, porque la doctrina constituye el "sentido fanático de la vida".

¹⁷ Una demostración clara es la conferencia de Perón durante el Primer Congreso Nacional de Filosofía en 1949 conocida como "La comunidad organizada", en *Actas del Primer Congreso Nacional de Filosofía*, t. I, Universidad Nacional de Cuyo, 1950, pp. 131-174. Otro caso es el panegírico que presume de filosófico, Raúl A. Mende, *El justicialismo. Doctrina y realidad peronista*, Buenos Aires, 1950.

Si la doctrina justicialista debía regarse por todo el país, entonces hacían falta profesantes que se entregaran a la tarea. A esos "predicadores" el jefe les llamó "los misioneros de Perón" y les acordó la misión de difundir y consolidar la doctrina que defendía verdades a las que no podía ser extraño "ningún argentino". De ahí la insistencia de Perón en avanzar hacia la organización espiritual de los hombres, para que "todos los hombres comiencen a pensar y a sentir de una manera similar, para asegurar una unidad de concepción, que es el origen de la unidad de acción". Cuando todos los hombres se convirtieran en conocedores, divulgadores y educadores de la doctrina, se habría cumplido el dicho criollo con el que Perón instruía a sus catequistas: "Un loro, de maíz en maíz, se comió un maizal." El objetivo era preciso: "empecemos a hacer peronismo desde la cuna", y en poco tiempo todos seremos peronistas.

Nada ni nadie escapaba a la doctrina nacional, especialmente si se trataba de personas que pudieran pensar con ideas propias. Como expusiera ante un nutrido grupo de escritores, la idea de nacionalizar la cultura obligaba a la intromisión o ingerencia del Estado dando "su orientación", fijando "objetivos" y controlando "su ejecución" en dos ramas fundamentales: la investigación científica y las artes y las letras. Por eso les pide que se organicen, que piensen y sientan como quieran sentir y pensar, "pero que cumplan dentro de la orientación que sin duda alguna fijará el Estado". Y remata con una sentencia que ya le es común: "Si los hombres no tienen orientación es porque no se les ha dado."

Pero el ámbito en el cual la unidad doctrinaria debía imponerse con rigidez era en la conducción del Estado, porque no hay nación exitosa sin doctrina que la una y guíe: donde hay unidad de concepción hay también unidad de acción, afirma Perón. La unidad doctrinaria, de acuerdo a Perón, no excluía la discusión, pero sólo para mejorar y aplicar la doctrina, "porque el que no aplica una doctrina que se ha creado para la Nación, está procediendo en contra de la Nación". Es obvio, pues, que quien discute fuera de los márgenes doctrinarios del peronismo está enfrentando a la Nación, se vuelve antinacional. Perón explicó que la doctrina nacional abarcaba completamente los sectores y los factores de la nacionalidad en la que todo argentino debía estar de acuerdo porque era el alma colectiva nacional ("contiene lo fundamental de la Nación") sobre la que no había polémica. Pero entonces tales puntos no se establecían en libre debate sino que era el peronismo el que los imponía. Por tal motivo, los funcionarios del Estado no podían sino pensar "estrechamente dentro de la doctrina nacional, porque él es el ejecutor directo de esa doctrina"; de modo que si un ciudadano común podía herirla o contradecirla, un funcionario no podía ponerse fuera de ella"; más aún: si las verdades simples de la doctrina (justicia social, independencia económica, soberanía política) contenían el anhelo de cualquier hijo de esta tierra, "no pueden ser negadas por ningún argentino; y no solamente negadas; ni discutidas".

Aunque parezca una obviedad hay que decirlo: la doctrina nacionalizada es la peronista, que no es lo mismo que cristiana. "Nuestra doctrina es ésta: la Doctrina Justicialista -dice Perón- que nosotros estamos dispersando por la República y por el mundo, con millones de predicadores." Es una doctrina universal, "es una doctrina moral, es una doctrina humanista, es una doctrina patriótica. De modo que no hay inconve-

niente en irla introduciendo en las escuelas, en los colegios, en las universidades, en todas partes." No podía acusársele de actuar con engaño: que esa unidad fuera sólo en torno a las ideas peronistas, no le restaba méritos, le complacía. "Algunos dicen que es mi doctrina; sí, yo la he hecho", confiesa el líder en 1953. Unos años antes, en 1951, había sido igual de vanidoso: "yo he creado una doctrina y he dado a nuestro movimiento una doctrina".

Divagaciones en torno al método o reflexiones sobre la ciencia de la organización

Tengo la impresión que la política resulta ser, para Perón, una rara mezcla de talento para conducir (el arte de la conducción) y de técnica de organización (planificación racional), con un fin ideológico: parir almas gemelas. Resulta ser una composición de condiciones personales (que pueden aprenderse) y reglas racionales inflexibles (acomodadas a la realidad cambiante), que sirven a un fin homogéneo. Perón lo había dicho: "Toda acción política está dividida en eso: en organización y en conducción." Y si la organización es inerte, la conducción es vital porque demanda creación permanente. La conducción es "la penetración de un estado de tiempo y de lugar, el conocimiento de esa situación, la apreciación de ella, la resolución que corresponda y la ejecución que resuelve el problema que la situación plantea". En el conductor hay algo de genio: como no hay recetas para resolver los problemas, debe ser un original creador. ¿Cómo se define al conductor? ¿Qué elementos sirven para identificarlo de entre la multitud? El conductor es "el más capacitado, con mayor dosis de moral, que sepa interpretar mejor la masa, que sepa cumplir mejor los deseos de la masa y que sepa también influir dentro de la masa para que ésta no desee lo que no debe desear". Ese hombre es Perón.

Pero el conductor necesita saber a quienes conduce para comenzar a moldearlos en el formato de la unidad ideológica; es aquí cuando el elemento inerte cobra vida y la organización se vuelve capital. La idea de organización define ideológicamente a Perón, quien se ubica, según sus palabras en la Bolsa de Comercio en 1950, entre "los racionalistas en el orden de la organización". Son tantos los textos que Perón dedicó a este tema que lo convierten en central dentro de la ideología. Perón asocia la política, concebida como actividad social que persigue la unidad espiritual, a dos elementos claves: la organización, de donde brota toda una concepción mecanicista y técnica, y el Estado, instrumento de la voluntad popular. Es indudable que Perón no confiaba en que las transformaciones sociales siguieran un proceso espontáneo, un desarrollo sin planificar; no creía que el progreso o la felicidad fueran el fruto de esfuerzos no coordinados; al contrario, un elemento fundamental de su concepción de la política es el dominio de los acontecimientos sociales y de la naturaleza por la organización. "No hay nada sin organización", afirma Perón; sin ella sólo queda la anarquía y como prueba está nuestra historia que, por haberse hecho al país con desprecio supino de la organización, ahora había que hacerlo de nuevo, organizarlo todo. De esta manera lo natural, que es la evolución y el movimiento, se someten al control del conductor, que puede gobernarles, disciplinarles.

La nueva política que preconiza el justicialismo debe basarse en la organización, porque Perón no se cuenta entre aquellos que creen que los pueblos se gobiernan con "intrigas y habilidades en que toda formación doctrinal es innecesaria y la improvisación pueda suplir la falta de preparación y de estudio". No. La política nueva tiene este componente racional llamado organización y que se traducirá, por ejemplo, en la planificación estatal; pero como no debe ser vista como un arcano ajeno al pueblo, Perón debe presentar a la organización y a la planificación como algo sencillo y realista. "Nuestra política es simple y absolutamente realista. Estudiamos profundamente cada uno de los problemas". La organización es un principio al cual no escapa nada próximo a la política. Por ejemplo, Perón creía que era vital organizar las ideas que le inspiraban, "porque su estabilidad y durabilidad dependen esencialmente de esa organicidad". En otros momentos, el concepto linda con el organicismo, pero sólo para recordarnos que del otro lado de la organización está la anarquía: "la sociedad humana debe ser una cosa orgánica no un río revuelto". En alguna ocasión parece inspirarse en el mecanicismo, como cuando compara a los hombres y los grupos con los piñones de ese gran engranaje que es la Nación.

Pero lo realmente importante en esta perorata es que la dialéctica entre organización e inorganicidad llevó a Perón a plantear que la tarea de la conducción era organizar integralmente el país, dotarle de organismos en tres niveles elementales y superiores: en el gobierno, en el Estado y en la Nación misma. En cuanto al gobierno, organizar significa adquirir continuidad más allá de los cambiantes partidos; en cuanto al Estado, organizar importa dejar todo planificado para que no se operen cambios diametrales cuando cambian los hombres; en cuanto a la Nación, organizar supone reconocer que ella tiene "objetivos que son siempre comunes y permanentes, que no pueden ser modificados sin hundirla". En última instancia, esa tarea de "garantizar al país esa continuidad en el esfuerzo", afirma Perón en 1950, está significando que la organización supera la política yendo más allá de ella, superando el conflicto de personas, la multiplicidad de planes estatales y la diversidad de objetivos nacionales. La organización, entonces, ha de calar hondo: "lo primero que hay que organizar es el espíritu de las personas y su inteligencia". Como vimos, la misión ideológica de la política estribaba en eso: en formar espíritus homogéneos, réplicas del modelo que es la doctrina peronista.

Entre el amor a la unidad y el horror a la diversidad, la política que organiza controla el cambio. En un tiempo histórico marcado por el ascenso de las masas, Perón declaraba la necesidad de prepararse para que la evolución hacia las nuevas formas de la política social "vaya realizándose paulatinamente, para que la metamorfosis de las ideas sociales vaya cumpliéndose en forma pacífica a fin de que el pueblo no sufra las consecuencias de ninguna violencia". Por lo tanto, si queremos alcanzar los fines deseados, primero debemos organizarnos,¹⁸ lo que significa tener presente que se gobierna para el futuro y que los pasos a dar para alcanzarle deben

¹⁸ Hay un texto que revela esta obsesión: "Organización, organización del Estado, organización del trabajo, del descanso, organización en todos sus aspectos, para extraer de este suelo inmensamente rico toda la riqueza que él puede brindar". Perón, *Doctrina revolucionaria*, p. 80.

ser objeto de una "racionalidad absoluta", porque si la política es hoy un problema social, y éste es cada vez más complejo, sólo es posible dominarlo por la tecnificación. Para procurar ese dominio está el Estado.

La máquina de organizar

Para Perón, la teoría de la organización parece ser una parte indispensable de la teoría del Estado, en el sentido de que la primera se ocupa de "organizar dentro del Estado las fuerzas del movimiento de la Nación y como consecuencia de ello la unión de todos los hombres que en todas las latitudes del país, propulsan ese movimiento, que es algo así como la circulación de la sangre, de la riqueza y del trabajo en todo el organismo de la patria". Así, por ejemplo, la coordinación del transporte le parecía esencial como lo demostró con la siguiente alegoría: "Como no podría existir un hombre cuya circulación no estuviese rigurosamente controlada por el corazón, no puede existir movimiento dentro del país, que no esté regulado por un verdadero corazón." Ese corazón, en la política nueva, es el Estado.¹⁹

En principio, cabe pensar que Perón veía en la organización del Estado una obra en defensa de la brutalidad de los hechos económicos, sociales y políticos, que podían sepultarlo. Es cierto, ese era un objetivo: la organización por el Estado de sus fuerzas económicas, sociales y políticas "es la única defensa contra los cataclismos a que asistimos -dice Perón- y que debemos tomar como enseñanza en cabeza ajena, ya que la enseñanza en la propia cabeza, suele ser el maestro de los tontos". Pero quedarse en este nivel de la organización es permanecer en una estrategia defensiva; para Perón era necesario desarrollar una estrategia ofensiva, donde la organización estatal sirviera para crear lo que aún no existía. Es ahora cuando Perón hace una distinción fundamental y que quiebra tanto con la tradición liberal republicana como con el discurso nacionalista en el que podría inspirarse: es necesario comprender "que el Estado es una máquina que funciona dentro de la Nación, pero lo definitivo y lo que obedece a la tradición histórica es la Nación y no el Estado".

Bien comprendido, el concepto peronista es tremendo, brutal, porque desencarna al Estado, lo separa de su historia, lo desarraiga y enajena hasta convertirlo en puro instrumento técnico, en organización.²⁰ Por eso no puede existir diversidad nacional sin ser afectada por el proceso de centralización estatal producido por la organización: es el Estado el que debe proceder a la unidad jurídica, económica, demográfica, social, política, operando científicamente a través de la centralización. Este Estado máquina sólo tiene sentimientos y emociones frente a la angustia humana, ante las

¹⁹ Parte de la exposición que sigue está tomada de mi trabajo "El pensamiento político (1943-1983)", inédito, a publicarse en el tomo correspondiente al siglo XX de la *Nueva Historia de la Argentina*, por la Academia Nacional de la Historia. Además, consúltese el buen estudio de Peter Waldmann, *El peronismo 1943-1955*, Buenos Aires, 1986, uno de los pocos centrados en el concepto de Estado.

²⁰ Perón, *La fuerza es el derecho de las bestias*, p. 38, escribe: "desde mi ascenso al poder me dediqué con verdadero ahínco a organizarlo todo. Traté de crear un gobierno centralizado para concebir y planificar, un Estado descentralizado para ejecutar y un Pueblo libremente organizado para producir."

tia humana, ante las necesidades del pueblo: ahí deja de ser "testigo silencioso e inoperante" para intervenir en forma decisiva: rápida, eficaz y enérgicamente. En este sentimiento está el origen de la política social peronista y del Estado social justicialista: es el dolor humano que se somete a la organización estatal para ser aliviado. Perón entendía que el Estado debía comprometerse con los hombres de trabajo, con la clase obrera, que debía recibir los beneficios de la política estatal.²¹ Pero hay que agregarle otro elemento: la propia sensibilidad del conductor, razón psicológica fundamental que permite comprender al pueblo y sufrir con él sus padeceres, para guiar al Estado en esa dirección reparadora. Otra vez, nada escapa a lo que Perón admira de su propia personalidad. "Y yo -dice en 1951-, un hombre humilde, humilde en mis actos y en mis sentimientos, siento un poder de afinidad extraordinaria cuanto más humildes son los hombres y las mujeres, porque son los humildes los que más necesitan de mi trabajo, de mi abnegación y de mi sacrificio".

De hecho, entre la fragilidad de la vida humana y la necesidad de organizar al pueblo en sindicatos para que fuese reconocido, Perón inserta esta tercera instancia: el Estado, que no sólo es un dispensador de beneficios sociales, sino un espacio donde las clases podían disputar y dirimir sus conflictos. Insiste acertadamente Ipola en el doble rol del Estado peronista: por una parte, sirvió como instrumento para integrar las masas obreras al proceso político, desbloqueando el camino que antes trababa esa incorporación; por otra, fue la herramienta para cambiar y modernizar la sociedad, apoyándose en las masas obreras sindicalizadas.²² Y ello fue posible porque en la ideología peronista, el Estado (que en definitiva es el propio Perón con corbata y traje presidenciales) era el árbitro final entre grupos que, gracias a la relativa independencia de la que gozaban, podían reconocerse como fuerzas sociales, según ha demostrado James.²³

Sin embargo, aunque este elogio del Estado parece nuevo en el pensamiento político argentino, Perón no se consideraba estatista y eso lo mantenía alejado de tentaciones socialistas extremas. En efecto, al menos en la primera época, la actividad del Estado estaba guiada y limitada por el sentido humanista de la doctrina peronista, de modo que era posible defender, sin contradecirse, "lo sagrado del hombre" al mismo tiempo que "lo sagrado del Estado". Se llega de esta suerte a la doctrina del humanismo estatal o estatista, que se define como humanista porque "considera al hombre por sobre toda otra consideración, siempre que con ello no se perjudique al Estado"; y que es estatal porque el Estado no tiraniza al hombre y el hombre "no hace uso ni abuso de cuestiones que perjudican al Estado".

El asunto es definir qué cae bajo la competencia del Estado. Ya bastante ha sido dicho sobre esto: el interés estatal se posa en todo aquello vinculado a la justicia social, especialmente la política laboral (relación Estado, capital y trabajo, protección del

²¹ El 4 de diciembre de 1944 decía Perón del Estado que no podía ser indiferente: "debe intervenir rápida, eficaz y enérgicamente, si quiere ser decisivo. Debe compenetrarse del dolor humano y buscar remedios apropiados para los males de la sociedad, cuyo destino rige."

²² Emilio de Ipola, "El hecho peronista", en: Carlos Altamirano (ed.), *La Argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, 1999, pp. 328-329.

²³ Daniel James, *Resistencia e integración*, Buenos Aires, 1990. pp. 32-33

trabajo y del capital, sindicalismo y agremiación), la seguridad social (previsión social, vivienda popular, ayuda mutua o mutualismo, medicina social) y la política cultural; y todo lo relativo a la defensa nacional. Pero con el peronismo se organiza la intervención del Estado en la economía, mediante políticas financieras, comerciales, industriales, agrarias, etc., que devuelven al Estado la autoridad que había perdido. En este terreno, Perón pensaba que era necesario coordinar "la libre iniciativa individual" y "la capacidad organizadora del propio Estado", o, como dijera en otra ocasión, permitir que el Estado controle los fundamentos de la economía; porque, de acuerdo a conceptos que tomaba de Roosevelt, la economía no podía ser considerada un fin en sí mismo sino "un medio de solucionar problemas sociales", que es otra manera de decir que la máquina ha sido programada para sentir piedad ante la miseria y la pobreza.

En materia económica había que aplicar las leyes de organización: no se trataba de una economía dirigida sino de una organización de la riqueza por medio de la organización del trabajo, la organización de las fuerzas económicas estatales y la organización del propio Estado como parte de la Nación. La organización y orientación estatales de la economía respondía a una creencia básica: en el mundo no existía economía libre, pues o la dirigía el Estado en beneficio de todos o la dirigían los capitalistas en provecho propio. Perón buscaba una solución intermedia entre el individualismo capitalista y el socialismo colectivista, una tercera posición económica que necesariamente se aproximaba a "ampliar el dominio y las funciones del Estado", no solamente como exigencia de la política social sino también como resultado de la recuperación de las empresas concesionarias de servicios públicos en mano de capitales foráneos.²⁴

Sin embargo, ese equilibrio era difícil de mantener, sobre todo cuando la idea de unidad espiritual volvía a abrirse paso ahora de la mano de la acción tutelar del Estado; la tentación siempre estaba latente porque la confianza en el Estado como mecanismo de organización permitía superar la diversidad y el conflicto en todo lugar en el cual se quisiera intervenir. Por eso, en una página que anticipa lo que ocurriría con el Segundo Plan Quinquenal, Perón decía en 1944 que allí donde estaba el punto que separaba al bien del mal, allí debía hacerse presente la autoridad estatal para jugar como corrector moral.²⁵ El Estado peronista se convirtió así en un preceptor moral porque estaba impulsado por la ética de la doctrina justicialista, universal y nacional a un mismo tiempo, adoptada por el pueblo argentino, que el Plan de 1952 definía como doctrina nacional, "que tiene como finalidad suprema alcanzar la felicidad del Pueblo y la grandeza de la Nación, mediante la Justicia Social,

²⁴ Las interpretaciones socialistas del peronismo pondrán el acento en las políticas públicas estatales, las nacionalizaciones revolucionarias en el régimen de producción y servicios. Ver C. A. Fernández Pardo y A. López Rita, *Socialismo nacional*, Buenos Aires, 1973; Juan José Hernández Arregui, *Nacionalismo y liberación*, Buenos Aires, 1969; del mismo, *Peronismo y socialismo*, Buenos Aires, 1969; Arturo Enrique Sampay, *La Argentina en la Revolución de nuestro tiempo*, Buenos Aires, 1964.

²⁵ En un discurso de septiembre de 1944 Perón afirmó: "Y aquí, en este punto que separa el bien del mal, es donde la autoridad inflexible del Estado debe acudir para enderezar las fallas de los individuos, y suplir la carencia de resortes morales que deben guiar la acción de cada cual, si se quiere que la sociedad futura sea algo más que un campo de concentración o un gran cementerio."

la Independencia Económica y la Soberanía Política, armonizando los valores materiales con los valores espirituales, y los derechos del individuo con los derechos de la sociedad".²⁶

Tomando como guía al contenido del Segundo Plan Quinquenal, se aprecia que nada escapa al Estado peronista, que toma a su cargo la organización del pueblo, del trabajo, de la previsión social, de la educación ("sobre la base de los principios fundamentales de la *doctrina nacional peronista*"), la cultura, la investigación científica y técnica, la salud pública, la vivienda, el turismo, la acción agraria y la forestal, la minería, los combustibles, la hidráulica, la energía eléctrica, el régimen de empresas y de industrias, el comercio exterior y el interno, la política crediticia, la monetaria y la impositiva, los servicios de transportes, de vialidad, los puertos y las comunicaciones, las obras y servicios sanitarios, la racionalización administrativa, la planificación de la legislación general, el régimen de inversiones del Estado y los planes militares.

Sólo queda fuera la religión, pero en apariencia, porque ha sido sustituida por la doctrina nacional justicialista, verdadera religión civil.

Proyecciones

Llegó la hora de ponderar el significado de los temas que orillean el concepto de política en Perón. En principio, retomando lo últimamente expuesto, una parte importantísima del legado peronista se encuentra en esa legitimación del papel del Estado: si en la simbología del peronismo la política se articulaba en el Estado y se confundía con éste, sucederá que finalmente se aceptará una nueva legitimidad trasladada al Estado, en la medida que su intervención se vuelve necesaria para garantizar cualquier proceso de decisión, para dirimir cualquier conflicto. Proyectando el concepto a futuro, la discusión de la legitimidad estatal peronista naciente deberá empezar por poner en tela de juicio al Estado como tal en tanto que representante de una clase social, o dominado por intereses imperialistas, o represor de las expresiones populares, supresor del mercado libre o la iniciativa individual, etc.

Como creo haber demostrado en otro lugar, los regímenes personalistas no están en contradicción con el desarrollo pleno de las potencias estatales: la España de Franco y la Argentina de Perón son ejemplares.²⁷ Ni Argentina ni España contaron con un Estado desplegado hasta el advenimiento del peronismo y del franquismo; hasta el peronismo, lo que en nuestro país se llamaba Estado no era más que la instancia de un gobierno recortado en atribuciones, restringido en organismos oficiales, limitado en las posibilidades de articulación de políticas públicas. A partir de la experiencia peronista, en Argentina comienza a dilucidarse la política a través del aparato estatal, hasta el extremo de que en algunos casos la política misma se define por la ac-

²⁶ 2º *Plan Quinquenal*, Buenos Aires, c. 1953, p. 26.

²⁷ En *Peronismo y franquismo. Notas comparativas* (inédito), presentado al XI Congreso Nacional y Regional de Historia Argentina, de la Academia Nacional de la Historia, Córdoba, 2001.

tividad del Estado. El peronismo estatizó la política.

Es fundamental -en este proceso- el rol que el Estado tiene en la consagración de la unidad: el Estado mismo es signo de unidad y no de dispersión; el Estado aglutina energía, concentra fuerzas y unifica las tareas. Porque, después de todo, Perón creía que en la organización estaba la libertad. La manera que tiene un pueblo de ser libre es organizándose, decía en 1950; y la primera tarea para alcanzar las metas justicialistas es "organizar el alma", esto es alcanzar la unidad de valores, pasar de lo heterogéneo a lo uniforme. Para Perón, la libertad es una condición social que proviene de la organización y que no tiene que ver con la diversidad y la heterogeneidad sino con la uniformidad y la homogeneidad.

Perón es tentado por la homogeneidad ideológica y doctrinaria, pues todos los argentinos, cualquiera fuese el sector político al que pertenecieran, deberían ennoblecer la contienda política "transformándola en constructivo factor de unidad, en cohesión de aspiraciones para bien de la Patria y dignificación de las costumbres políticas", según sus palabras. Perón proclamó que "las fuerzas del país deben ser absolutamente indivisibles y jamás una fuerza interna debe estar frente a la otra". Se trata, como dijo en otra oportunidad, de "forjar una conciencia popular sobre los destinos de la argentinidad". Lo cual lleva a otro asunto: el peronismo asumió el monopolio de lo nacional, de lo patriota, de lo argentino; o, al menos, la capacidad indiscutida de definir sobre este tema. Así, precisa el momento de la lucha electoral en esos términos: "fuentes desnacionalizadas y desnacionalizadoras intentaron introducir la disociación entre hermanos", denuncia el líder en 1945 y lo seguirá haciendo en cada nueva elección. Porque si la política -lo dijimos- es represión de la diversidad conflictiva, la conciencia de la unidad sólo podía ganarse a través de la identificación del peronismo con la patria;²⁸ y Perón desanduvo enarbolando una consigna que dividía las aguas; a sus enemigos les advertía: "no somos más que argentinos"; por eso "no tenemos otra ideología que el pueblo de nuestra patria ni otro partido político que la patria misma". Como hemos visto, el punto culminante se produjo con el Segundo Plan Quinquenal que acabó resolviendo toda oposición entre peronismo y patria.

La unidad, entonces, no resuelve el problema, sigue siendo problemática, porque navega entre el acuerdo y la imposición de lo que es nacional y, por tanto, común e innegable para cualquier argentino. Si la solución de los problemas nacionales impedía "el logro pleno del destino humano", era obvio entonces que había que buscar una forma de unidad. Pero, ¿cómo conseguirla? La primera opción fue planteada por Perón en estos términos: "insistiremos en la necesidad de ponernos de acuerdo en lo esencial. Sobre lo que es inherente a nuestro destino histórico para proclamar que ha llegado la hora de establecer los puntos básicos que sean la prenda de unión de todos los argentinos". Una vez obtenido el triunfo electoral, al momento de jurar como Presidente, Perón lanzó un mensaje algo distinto a la oposición: respetaría "las divergencias ideológicas y doctrinarias", mientras ellas se inspirasen en "ideales y deberes profundamente argentinos"; por eso es que, quienes lucharon contra él en las elecciones, son convocados a "ennoblecer la contienda política, trans-

²⁸ Recordemos un texto ya citado: "Ha llegado la hora de no tener más ideología que la patria ni más partido que la patria misma." Perón, *Doctrina revolucionaria*, p. 186.

formándola en constructivo factor de unidad, en cohesión de aspiraciones para el bien de la Patria y dignificación de las costumbres políticas". Era esta, aclaró, una "meta de perfección" que aproximaría a todos al "corazón del pueblo" para edificar "la obra común". En este párrafo ya aparece lo que luego Perón hará más explícito: la unidad pasaría por la aceptación de Perón y también de su doctrina.

En 1950, ante los gobernadores reunidos para oírle, Perón declaró su satisfacción por haber conseguido que en 14 provincias y 9 gobernaciones hubieran "hombres que hablan un mismo idioma, lo expresan de la misma manera en los hechos, obran de igual forma y, sobre todo, piensan y sienten de un mismo modo: como argentinos y como peronistas". En buen romance, la obra estaba realizada, la unidad cobraba forma de uniformidad. Dos años más tarde, el Segundo Plan Quinquenal perfeccionaría la tarea, al establecer que la unidad de concepción del Gobierno y la unidad de acción del Estado tendrían como objetivo facilitar la conducción general del país. Esa unidad, se repite, se alcanzará por la planificación "en orden al cumplimiento de los principios generales de la doctrina nacional".²⁹ El círculo se había cerrado: la doctrina peronista se imponía por ley, sobre las burocracias gubernamentales, sobre las actividades sociales y sobre las conciencias individuales.

La política peronista es una política de conciencias uniformes, de unidad de ideas, de homogéneas creencias bajo la tutela del Estado.³⁰ Perón lo reconoció; con el Segundo Plan Quinquenal "estamos construyendo en el alma de los argentinos un edificio que ellos no van a poder derribar nunca."

Es una política religiosa. Pero de religión civil, de religión peronista. Cuando se alcanza este escalón, se entienden el ritual de la plaza y las movilizaciones masivas para sentir el contacto del líder; la ceremonia de la palabra que esclarece ("el balcón") y los símbolos que unían al conductor con el pueblo (sus "descamisados"); los himnos ("la marchita") que hermanaban las almas y las posesiones espirituales que producía Evita; los sacerdotes que oficiaban el servicio popular y los feligreses que buscaban la redención; la exaltación de los humildes ("los cabecitas negras") y la humillación de los soberbios ("los oligarcas"); los nuevos mandamientos ("las veinte verdades justicialistas") y la nueva iglesia que enseñaba la palabra y distribuía beneficios en el pueblo (el Estado y también la Fundación, con sus misioneros y profesantes); etc.³¹

²⁹ 2º Plan Quinquenal, p. 319.

³⁰ No puedo dejar de advertir, aunque más no sea en nota, que en esta pretensión se encerraba el riesgo totalitario del peronismo: el afán de construir hombres con almas individuales que fueran réplica del alma colectiva que el partido definía en la doctrina y que el Estado imponía por la propaganda y la educación.

³¹ No es mucho lo que se ha escrito sobre estos aspectos, pero puede consultarse el excelente trabajo de Mariano Plotkin, *Mañana es San Perón*, Buenos Aires, 1993; también el de Alberto Ciria, *Política y cultura popular: la Argentina peronista, 1946-1955*, Buenos Aires, de la Flor, 1983. Sobre el ritual de la palabra develadora es muy valioso, aunque complejo, el aporte de Silvia Sigal y Eliseo Verón, *Perón o muerte*, Buenos Aires, 1988. Sin embargo, en ninguno de estos textos se ha visto del componente secular religioso del peronismo, que sí han entrevisto parcialmente Lila M. Caimari, *Perón y la Iglesia Católica*, Buenos Aires, 1995, y Roberto Bosca, *La Iglesia nacional peronista*, Buenos Aires, 1997, aunque desde el punto de vista del enfrentamiento entre la Iglesia Católica y el gobierno peronista.